La pequeña habitación de los misterios

NEFELIBATA



MASATERU KONISHI

La pequeña habitación de los misterios

Traducción del japonés de
Juan Francisco González Sánchez

Duomo ediciones
Barcelona, 2025

1.
Neuronas rojo escarlata

1

–¡Esta mañana ha entrado un tigre azul! –exclamó el anciano–. ¿Cómo se las habrá arreglado para girar el pomo de la puerta? Debe de tratarse de un tigre muy hábil.

Lo que al abuelo de Kaede le asombraba, por encima de la improbabilidad de que un felino hubiera irrumpido en su estudio y de la aún más absurda posibilidad de que su pelaje fuera azul, era que el supuesto animal hubiera sido capaz de girar el pomo de la puerta con sus garras.

–Deberías estar agradecido de que no te haya mordido –bromeó Kaede, guardándose para sí el fastidio de tener que soportar, una vez más, las excentricidades de su abuelo. Con lo poco habitual que era encontrárselo despierto...

Kaede acostumbraba a visitarlo una vez por semana, y normalmente lo encontraba durmiendo cuando llegaba. Pero si, como aquel día, estaba despierto, se veía indefectiblemente obligada a armarse de paciencia y aguantar, de principio a fin, todo extravagante relato sobrenatural que al anciano se le antojase narrar, descartando entonces la posibilidad de tratar temas de mayor seriedad y relevancia.

Así pues, como en cada una de aquellas ocasiones anteriores, Kaede escuchó de labios de su abuelo la historia

del tigre azul, asintiendo de tanto en tanto para animarlo a continuar.

La casa donde vivía él había sido el hogar de la infancia de Kaede y, para ella, aquellas visitas no tenían precio: valoraba enormemente cada instante pasado entre sus muros.

–Y, entonces, el tigre... –continuó el abuelo, accionando los brazos en clara imitación del avance de un felino– sonrió antes de salir por la puerta. Parecía contento.

–¿Dices que sonrió? –preguntó Kaede sobresaltada, mientras por dentro se decía: «Maldita sea, he vuelto a engancharme a la historia».

Así ocurría a menudo: pese a la inverosimilitud de los relatos, acababa escuchándolos absorta, fingiendo fascinación al principio y sucumbiendo finalmente a la hipnótica narrativa del hombre, preguntándose incluso si habría sido cierta la presencia allí de un tigre azul, escapado quizá durante unos minutos de las páginas ilustradas de cualquiera de los numerosos volúmenes que atestaban la biblioteca del estudio.

El anciano tal vez encontraba satisfacción en contar semejantes historias, sin darle importancia a su credibilidad. Los párpados fueron cerrándosele. Pasaba las horas del día en su poltrona reclinable, amplia para su cuerpo enjuto, y allí debía de sentirse más cómodo de lo que había imaginado cuando fue adquirida, porque no había quien lo moviera de su mullido asiento. En cierta manera, su compra había resultado contraproducente.

Apoyado sobre una mesita adyacente, había un bastón de madera de uso indispensable para cualquiera de los

traslados del hombre. Al menos, en teoría... «No lo usa ni para levantarse a sacar un libro de la estantería. Para ir al servicio sí, eso sí. Pero para nada más. Ay, un día va a dar con los huesos en el suelo y la vamos a tener buena...», acostumbraba a lamentarse entre suspiros la asistenta de los servicios sociales, que había sido precisamente quien había insistido en que se hiciera con uno.

«Su desmesurado interés por los libros no ha decaído ni un ápice», pensó Kaede, y una idea cruzó rauda por su mente: «Otra cosa es que se entere de lo que lee...», y se entristeció. Reparó entonces en el olor acre a tinta impresa que flotaba en el aire de aquella sala repleta de literatura y se sintió trasladada a sus queridas librerías de libros de segunda mano del barrio de Jinbocho, en Tokio.

La luz, desgranada por las hojas de los árboles en mil haces titubeantes, penetraba por la ventana y se esparcía en mosaico vibrante de sombras y destellos sobre el rostro durmiente del anciano. Hileras de arrugas emergían de la nariz y del extremo exterior de sus ojos, y se extendían y quebraban en complejas líneas sobre la piel carente de manchas, cosa rara, esta última, a sus setenta y un años.

La carne de las mejillas se le había ido descolgando, flácida con el paso del tiempo, pero ello no había hecho sino remarcar la cualidad escultórica de sus facciones. El cabello, largo y abundante, le caía, raya en medio, a ambos lados de la amplia frente, en limpio y suave difuminado de negro, gris y blanco; y su perfil era el de un antiguo emperador romano en el relieve de una vieja moneda.

No era necesaria la mirada benévola de su nieta para alumbrar en ese rostro la dignidad y la nobleza de un hombre que, a todas luces, debía de haber sido considera-

blemente atractivo. Kaede le recompuso la manta, que se le había ido deslizando, y lo cubrió hasta el cuello.

Con cuidado de no dirigir el pulverizador de desinfectante hacia los libros, dio por terminada una ligera limpieza, con el tiempo justo para dar la bienvenida al fisioterapeuta que lo visitaba con regularidad. El líquido del pulverizador no solo cumplía con su atribuida función desinfectante, también servía de imaginario insecticida para los insectos que el abuelo a menudo creía ver pulular por los rincones, diminutos como mosquitos.

«Adiós, abuelo».

Más que envejecer, se diría que mejoraba con los años: Kaede había posado la mirada en el tocador de su abuela, instalado en un flanco de la puerta del estudio tras su fallecimiento, y pensaba en el tiempo acumulado entre las vetas de la madera y en la pátina de ricos matices y textura insondable que este había ido extendiendo sobre su superficie.

Kaede abrió uno de los cajones del tocador y extrajo de él un cepillo para el pelo, y después de arreglarse levemente el pelo, se miró en el espejo y se aplicó un poco de maquillaje.

«Sonríe».

La antaño gruesa y pesada puerta de madera de roble que había servido de entrada al estudio había sido sustituida por una corredera, ligera y práctica, desde el momento en que el abuelo se había visto obligado a hacer uso de una silla de ruedas para desplazarse.

Kaede la abrió de la manera más sigilosa posible y, al poco, ya dejaba atrás la casa de su abuelo y de su infancia, ubicada en el barrio de Himonya.

2

Miró por la ventanilla del oscilante vagón de tren de la línea Toyoko que la llevaba de vuelta a casa y, reflejado en el cristal, Kaede contempló su rostro inexpresivo. No quedaba en él rastro alguno de la sonrisa que había mostrado poco antes.

El atardecer se teñía de suave carmín y, sobre el horizonte, un variado surtido de nubes adornaba el cielo con las más diversas formas imaginables, ausentes ya, a la entrada del otoño, los oscuros nubarrones de los días anteriores.

Recuerdos lejanos, en compañía de su abuelo, asaltaron los pensamientos de la joven.

Veintitrés años atrás, Kaede tenía cuatro años.

Sentada en el regazo de su abuelo, en el corredor exterior de la casa, ambos contemplaban el cielo teñido de rojo durante la puesta de sol. Los límpidos ojos del anciano, repletos de sabiduría, se volvieron hacia su nieta.

–Dime, Kaede, ¿a qué te recuerda la forma de cada nube? Juguemos a inventar una historia con lo que vemos en las nubes.

El abuelo proponía algo semejante a un ejercicio de improvisación teatral. Trataba quizá de que la niña dejara volar su imaginación y desarrollase así su sensibilidad artística.

Kaede no vaciló en responder.

–Aquella es un señor bajito. Esa otra, un señor con la cara aplastada. Y aquella otra nube tan grande, un señor gordo. Más gordo que tú, abuelito.

–Pero ¿qué historia vas a inventar con eso? –protestó el abuelo, lleno de dicha, y a continuación, ante una Kaede encogida de hombros, procedió a improvisar un cuento al que puso el título de *Los tres abuelos*.

Aunque Kaede no recordaba los detalles, en líneas generales trataba de un anciano glotón del que todos se burlaron cuando tomó un medicamento en polvo para el catarro, confundiéndolo con azúcar. La equivocación resultó feliz, porque permitió al anciano vivir más años que ningún otro. La moraleja residía en que a Kaede le convendría tomarse aquel amargo medicamento para el catarro que tan tercamente rechazaba.

Con independencia de la moraleja, la niña aplaudía divertida ante la pericia del abuelo como cuentacuentos.

–Mira, Kaede –dijo el abuelo, señalando el cielo.

Arriba solo quedaba la nube más grande, es decir, el señor regordete. Los demás, el bajito y el de la cara aplastada, se habían desvanecido igual que en el cuento del abuelo.

Kaede, levemente perpleja, miró una y otra vez a su abuelo y a la nube regordeta. Sin duda, mientras creaba su relato, el abuelo había prestado atención por el rabillo del ojo al devenir de las nubes, y diferente desenlace le habría dado a la historia de haber sido las otras las que hubiesen mantenido invariable su forma sobre la bóveda celeste.

–Sigue, abuelo, sigue. Si no... –rogó Kaede, tirándole de un pelo que le crecía bajo la barbilla, directamente de un lunar situado sobre la nuez, y que, para su sorpresa, cedió fácilmente a la escasa tensión creada por la niña y se desprendió. Recordaba haber reído ante lo inesperado del hecho.

¿Y si, mediante ello, había abierto una compuerta por donde la cordura de su abuelo había escapado?, se preguntó la Kaede del presente.

Pero el deterioro en la salud del anciano no se había hecho patente hasta hacía medio año, cuando, con motivo de un paseo, Kaede se había dado cuenta de la corta longitud de los pasos de su abuelo.

–Abuelo, ¿no has engordado? Mira qué paso llevas.

–La edad, la edad... –replicó el abuelo ladeando la cabeza y esbozando una burlona y, a la par, amarga sonrisa.

Al principio, también Kaede lo había achacado a la edad más que al sobrepeso, pero después se percató de que esto último era, en realidad, la causa principal, y a partir de aquel momento los hechos se desarrollaron con rapidez: la mano en que sostenía la taza de su apreciado café le temblaba ostensiblemente; Kaede, en sus visitas, siempre lo encontraba cabeceando en la butaca de su estudio; había empezado a andar encorvado de hombros y lo hacía todo con exasperante lentitud.

Kaede no podía olvidar el impacto que sufrió en el momento de recibir la noticia de lo que le estaba sucediendo a su abuelo.

Sucedió a través de una llamada telefónica a altas horas de la noche. Somnolienta, Kaede atendió el teléfono y, al tiempo que se restregaba los ojos, escuchó la voz de un hombre joven que, con la voz entrecortada, se presentó como paramédico de los servicios de urgencia.

Parecía consternado. Tras varios titubeos, habló:

–Disculpe, ¿hablo con Kaede? Verá, hemos acudido a una llamada realizada al 119 y estamos atendiendo a un

anciano que debe de ser su abuelo. Hemos encontrado una nota con un número de urgencia escrito junto al nombre de Kaede y hemos pensado que...

–Sí, soy yo. ¿Qué ha ocurrido?

–Verá, su abuelo asegura que usted se encuentra tendida en el suelo, cubierta de sangre...

En la clínica del vecindario dijeron que era posible que se tratara de párkinson, pero, puesto que no tenían los medios para confirmarlo, recomendaron trasladarlo al hospital.

Y, así pues, tras ser ingresado en cierto hospital universitario, se le realizó un examen exhaustivo, incluida una tomografía.

–Sufre un deterioro cognitivo –anunció el médico–. Demencia de Lewy, para ser exactos.

Resultaba difícil asimilar que a aquel hombre de pensamiento siempre tan lúcido acabara de diagnosticársele una demencia, recién cumplidos los setenta años. Kaede no terminaba de darle crédito a la noticia.

A través de internet y otras fuentes, la joven fue recopilando información acerca de la enfermedad que afectaba a su abuelo y descubrió que los síntomas que mostraba se correspondían efectivamente con el diagnóstico.

Solo en Japón, el número de afectados por enfermedades relacionadas con el deterioro cognitivo se eleva a cuatro millones y medio, y Kaede descubrió que bajo el denominador común de la demencia se agrupan, en realidad, diversos tipos de enfermedades degenerativas. En concreto, son tres los tipos principales.

El setenta por ciento de las personas que padecen deterioro cognitivo presenta las características de la llamada enfermedad de Alzheimer, causada al parecer por una inusual acumulación de la proteína β-amiloide en el cerebro.

Cuando se habla de enfermedades neurodegenerativas, es la de Alzheimer la primera que le suele venir a la mayor parte de las personas a la cabeza.

La que sigue al Alzheimer en número de afectados, con un veinte por ciento del total, es la conocida como demencia vascular, que se origina como secuela de un infarto cerebral.

Los síntomas más conocidos de cualquiera de los dos tipos de demencia mencionados son la incapacidad para recordar y, en consecuencia, la reiteración inconsciente de lo que ha sido dicho con anterioridad, y la desorientación, tanto temporal como espacial –puesta de manifiesto en la frecuencia con que quienes la padecen deambulan por las calles sin saber a dónde ir–.

Por otro lado, la demencia diagnosticada al abuelo de Kaede, esto es, la de Lewy, más precisamente llamada «demencia con cuerpos de Lewy», afecta al restante diez por ciento del total.

Recibió dicha denominación en 1995, y es, por tanto, de reciente descubrimiento, en comparación con el resto. Conocida en ocasiones como «la tercera demencia», ha comenzado a acaparar una mayor atención durante los últimos años, y poco a poco va avanzándose en la investigación sintomatológica y terapéutica.

El factor causante de la misma es la anómala acumulación en el tronco del encéfalo de unas proteínas rojizas y con aspecto de huevo frito denominadas «cuerpos de Lewy».

La presencia de dichas estructuras proteicas con forma de huevo frito es la causante de la dificultad para caminar y de los temblores en manos y piernas asociados a la enfermedad de Parkinson, así como de severos trastornos durante la fase REM del sueño, durante la cual se producen episodios de somniloquia, es decir, de hablar en voz alta, además de una tendencia al sueño diurno y una pérdida de la capacidad para discernir el espacio y las distancias.

Sin embargo, lo que distingue principalmente la demencia con cuerpos de Lewy de los otros dos tipos de demencia es la ocurrencia de episodios alucinatorios.

Unos pacientes tienen visión monocromática, en blanco y negro, y otros a todo color, pero todos coinciden en la claridad y nitidez de las alucinaciones que experimentan.

Al despertar por la mañana, un paciente puede encontrarse con diez personas en su habitación, de pie, inexpresivas, observándolo fijamente en silencio; o, por ejemplo, con una serpiente que se enrosca lentamente sobre la mesa del comedor, o con una joven con trenzas que lo persigue durante todo el día. Las alucinaciones pueden consistir también en seres que solo pertenecen al mundo de la fantasía, como un cerdo caminando ágilmente a dos patas, un hada revoloteando elegantemente sobre el plato de la comida o, como en el caso del abuelo de Kaede, un tigre azul.

Por raro que parezca, lo normal es que las visiones no vengan acompañadas por alucinaciones auditivas. Todo ese efervescente mundo alucinatorio es, por así decirlo, mudo y limitado a la experiencia visual. Ninguna de las alucinaciones dirige la palabra a los pacientes de Lewy.

Pero, puesto que el noventa por ciento de la información que recibimos del mundo exterior nos llega a través del sentido de la vista, no es extraño que esa efervescencia de imágenes que los pacientes perciben sea asumida como real.

«Ver para creer», se dice a veces. Pues bien, ellos «ven» y «creen lo que ven», no ponen en duda su sentido de la vista y, obviamente, es difícil convencerlos de que eso que tan vívidamente perciben y tienen antes sus ojos no existe en la realidad.

Al contrario, se enfadan si se les insiste en no dar crédito a su vista, en no confiar en lo que sus ojos ven tan claramente.

Esa es una de las razones por las que resulta tan complicado cuidar de un enfermo de demencia de Lewy. Kaede trató de informarse mediante la lectura de un libro que trataba el tema. En él se decía lo siguiente:

> Cuando los pacientes de demencia con cuerpos de Lewy expresan el miedo que sienten ante determinados espejismos, como ante la visión de un insecto enorme, por ejemplo, tratar de convencerlos de que son solo imaginaciones suyas no conduce a nada. Lo aconsejable es hablarles con suavidad y demostrarles que una simple palmada basta para hacer desaparecer la visión. También resulta efectivo desviar con delicadeza la atención del paciente hacia cualquier otro asunto.

Kaede nunca había visto a su abuelo enfadado y, por consiguiente, no estaba dispuesta a enfadarse con él; y por la misma razón hizo lo posible por no tratarlo como un en-

fermo. Por tanto, tampoco negaba ni desmentía sus visiones en presencia de él.

Al fin y al cabo, es casi imposible hacerle entender a un paciente de demencia la realidad y el alcance de su enfermedad, y aun lográndolo poco se consigue con ello, aparte de infligir mayor sufrimiento.

No obstante, Kaede no estaba del todo convencida de que su modo de afrontar la enfermedad de su abuelo fuera el más correcto. En cierto modo, lo que estaba haciendo era mirar hacia otro lado, rehuir la realidad de la degeneración cognitiva que sufría su abuelo, vivir en una quimera llena de buenas intenciones, pero quimera, al fin y al cabo.

«Hay algo que no cuadra», pensaba Kaede, sin llegar a dar exactamente con eso que no encajaba. Aún no se hacía una idea clara y precisa de qué era lo que necesitaba rectificar.

3

Tomó un autobús en Gumiyoji y, después de quince minutos de sacudidas y zarandeos, llegó al estudio donde vivía. Allí se encontró con que había recibido un libro.

Se trataba de una recopilación de ensayos literarios escritos por el crítico Takeshi Setogawa, gran devoto de la novela de crimen y de misterio.

Lo abrió y comprobó que aquel ejemplar pertenecía a la primera edición, con fecha del 1 de abril de 1998. Según recordaba Kaede, el autor había fallecido prematuramente, a los cincuenta años, y aquel libro se había publicado de manera póstuma.

Influida por su abuelo, Kaede se había aficionado a las